Ponte linda Bombón

Liuba Kogan 05/07/2013

Jefa del departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Pacífico

Es difícil para las mujeres aceptar la propia cara, porque se espera que parezcamos siempre bellas, frescas y juveniles. Si no logramos ese ideal, -como si se tratara de un producto que se ha vuelto obsoleto- nos condenan al olvido y al desprecio.

Por ello, mirarse al espejo mientras se va envejeciendo no es tarea fácil para el común de las mujeres. No todas podemos ser como la extraordinaria actriz italiana, Anna Magnani, quien se dice le ordenaba a su maquillador no disimular ni una sola arruga, porque no era poco el esfuerzo que le había costado conseguirlas a lo largo de los años. No cabe duda pues, que envejecer es expresar todo lo vivido: es mostrar quiénes llegamos a ser. Y el rostro es la parte del cuerpo que mejor nos permite articular y revelar tanto las experiencias que disfrutamos y las que sufrimos. Por ello, no es exagerado señalar que la cara es el territorio corporal de la vulnerabilidad absoluta: no miente, dice quiénes somos.

Entonces nos enfrentamos al tormento de querer envejecer contentas con nuestro rostro -y lo profundamente vivido- en un contexto donde se desprecian los signos de la edad. La vejez femenina se asume con vergüenza, como si se tratara de una derrota, ineptitud o fracaso personal. “Yo no escondo mi edad, pero tampoco la dejo aparecer”, sentencia la modelo de un mensaje publicitario dirigido a mujeres de mediana edad que miré hace poco. Eso es lo que nos propone la publicidad: simular, enmascarar y engañar para evitar ser humilladas. Para ello, se ha desarrollado un sistema industrial que ofrece todo tipo de productos y servicios con el fin de disimular el paso del tiempo en nuestras caras. Lo más radical son las cirugías estéticas, a las que recurren por lo general, quienes resultan más visibles en el espacio público. Hoy es extraño ver mujeres en la televisión que no hayan pasado por la sala de operaciones.

Adelantándose a su tiempo, Pier Paolo Pasolini proponía que la televisión iba a destruir la poesía que los rostros podían expresar. Y no se equivocó, porque las mujeres que intervienen su rostro radicalmente, terminan compartiendo las mismas expresiones, a tal punto que nos resulta imposible adivinar quiénes son. En el fondo, pierden su cara, su vida, sus sentimientos y sus pasiones. Borran la vida de sus cuerpos para poder ser aceptadas. Y en ello hay poca dignidad. Son las asimetrías, los pliegues, lo inesperado o lo no típico lo que nos humaniza. Claro que no es fácil aferrarnos a nuestro rostro cuando pocos quieren ver a mujeres envejeciendo. Es difícil pues, madurar cuando los medios invisibilizan la belleza de las mujeres que ganaron años y experiencia y cuando la burla acecha en cualquier momento.

“Ponte linda bombón… hoy nos toca”, es la frase de una publicidad televisiva que nos ha deleitado mostrándonos que es posible el erotismo entre personas mayores. Solo un detalle: primero hay que pedirle ayuda al bisturí.